

# CENTROS HISTÓRICOS GLOBALIZACIÓN Y DESARROLLO LOCAL

*Gloria López Morales*

El paisaje urbano y su imagen reflejan la proclividad, inevitablemente, a la tentación innovadora propia de un determinado momento, influyendo significativamente en la valoración que un conglomerado social hace de su herencia patrimonial. Visto así, las ciudades son la expresión concreta del imaginario colectivo construido por cada uno de sus habitantes a lo largo de un periodo histórico.

En el mundo contemporáneo, en el que se acentúan los rasgos más perniciosos de la globalización, en el que las ciudades y los pueblos tienden a parecerse más cada día, en el que sus habitantes adquieren bienes y hábitos de consumo cada vez más uniformes, existe primordialmente un elemento que sirve para anclarnos en la realidad propia y remitirnos a nuestros rasgos identitarios. Ese elemento es la cultura.

Durante milenios y centurias las aldeas, los poblados y ciudades han sido el receptáculo de la creatividad acumulada de sus pobladores y de la continuidad cultural que va conformando y haciendo evolucionar la vida sin perder de vista los referentes fundacionales del conjunto urbano y del conjunto social.

No obstante, el embate globalizante atropella arrasando por igual con el medio natural, con el cultural, con el urbano y con el rural. En nombre del progreso económico y de la modernización se depreda, deteriora y degrada el hábitat y el medio que hace posible la vida. Así de grave es la cuestión.

Mucho tendrán que hacer los que viven y gobiernan en urbes con fuerte carga histórica, ya sea monumental o de modestas proporciones, pero ancladas en los cánones de un hábitat heredado y preservado a lo largo de generaciones para que ese legado no se pierda. Mucho habrán de hacer para que no se destruya en unas cuantas décadas el mundo urbano, ese mundo que se ha visto de pronto avasallado por presiones que atentan contra su integridad, contra su origen mismo.

Hablando de un país como México tan rico y diverso culturalmente, hay evidencias deprimentes del poder destructivo que tiene el progreso mal entendido en una gran parte de los poblados y ciudades con valor tradicional. Si bien es cierto que la conciencia creada a partir de la noción de Patrimonio Mundial ha permitido la preservación y rescate de numerosos centros históricos reconocidos y de otros muchos que no están amparados por alguna declaratoria, también es cierto que existen infinidad de ciudades intermedias y pequeños poblados en vía de destrucción. A pesar de haber logrado a lo largo del tiempo preservarse dignamente, son ahora una ruina, un adefesio, una

caricatura de habitáculo en el que ha pasado a imperar el automóvil, la estridencia consumista y el *feísmo* que impone la competencia comercial.

Y esto no es lo más grave, porque están también los procesos especulativos que estimulan cambios de uso de suelo. Por ese hecho las viviendas se convierten en comercios y expulsan a la población tradicional hacia periferias horrendas y mal planificadas. Quedan así a menudo las zonas antiguas de las ciudades convertidas en tugurios, o en el mejor de los casos, en enclaves comerciales por el día, y tierra de nadie por la noche.

Como fuere, y hasta en el mejor de los casos en los que una declaratoria ha venido al rescate de un centro histórico, lo que ha sucedido es que tanto el entorno del hábitat, las edificaciones públicas, así como el entramado cultural no han sido protegidos, ni tampoco son objeto de planificación. Los planes de desarrollo urbano y de manejo o bien brillan por su ausencia, o son interpretados de manera arbitraria por los intereses de un sector privado que defiende su capital y sus inversiones, o por una ciudadanía que pierde la noción de la función que tiene el patrimonio cultural en su existencia cotidiana y en su calidad de vida en general.

Aquí es donde el peso de lo local requiere ser ponderado y bien explicado, aquí es donde el patrimonio cultural entra contundentemente en juego. No hay nada más eficaz contra el ataque voraz del cambio carente de valores éticos, estéticos y democráticos. El cambio que sólo tiene objetivos utilitaristas, que sólo se apoya en lo inmediato y lo único que logra es el desfiguro y la depredación.

Mientras la globalización tiende a integrar a las sociedades dentro de esquemas uniformes en la esfera de lo financiero, en las telecomunicaciones, en las tecnologías, particularmente en la informática, en medio de ese vértigo aparecen las particularidades del vivir familiar, de las costumbres de una comunidad determinada, de los modos de pensar y actuar propios que se articulan en torno a un eje cultural específico y que se desarrollan conforme a sus propias leyes. Es en el ámbito en el que transcurre lo cotidiano, en donde se amasa la convivencia social. Ese espacio se caracteriza por ser parte de un proceso que a menudo transcurre por causas distintos a los que se empeñan en marcar las leyes del mercado.

Visto de este modo, sucede entonces que lo local no es el espacio de lo intrascendente ni de lo minúsculo, sino que es el territorio donde habita de forma integrada y orgánica la gente perteneciente a una comunidad. Lo local es el ámbito de la realidad inmediata pero inserta en una continuidad que no tiene que ser necesariamente la de los procesos globales. Realidad única que podemos transformar y que podemos hacer evolucionar mediante la intervención de múltiples factores internos y externos así como de actores sociales de muchas otras culturas. Por eso las transformaciones sólo pueden partir desde adentro, desde una base cultural en la que las sociedades se nutren; por eso el desarrollo no se da si no se finca en la cultura, si no se inspira en la herencia recibida y si no abreva en la fuente patrimonial para extraer la energía creadora que se requiere para evolucionar.

Es por ello que experiencias como la ocurrida en Morelia hace unos meses con el Congreso Iberoamericano sobre Patrimonio Cultural, Desarrollo y Turismo cobran trascendencia. Más allá de realizar relatorías exhaustivas –con citas y cifras– deseo compartir en este foro algunas reflexiones acerca de las ideas que sirvieron de fuerza de arranque y conformaron el *corpus* central de las discusiones. Cuál fue el espíritu que prevaleció y el significado de las iniciativas que ahí se generaron.

Porque no fue una simple casualidad el que la convocatoria se hiciera justamente en Morelia, ciudad en que Vasco de Quiroga, cinco siglos atrás, echara a andar un modelo que aspiraba proporcionar vida decorosa y próspera a las comunidades.

Recuperando antiguas utopías que se concilian con una contemporánea visión humanista, en el Congreso coincidieron voluntades de expertos de México y de Iberoamérica en el común convencimiento de que el soporte central del desarrollo es la cultura. Que es en el ámbito de la vida cotidiana y en su contexto cultural donde se encuentran los recursos básicos para el desarrollo, sin que esto implique la desvinculación de lo local respecto a las corrientes universales.

¿Cómo lograr los enlaces entre la cultura y las diferentes áreas del desarrollo sustentable? ¿Cómo abordar la puesta en valor de los recursos patrimoniales? ¿Qué hacer ante el embate de la globalidad?

Al colocar a la cultura en el centro de los procesos de desarrollo colocamos también a la identidad de la comunidad como valor fundamental y reconocemos a las diferentes formas de relación social, a los modos de apropiarse de los recursos, a sus expresiones y formas de representación como rasgos únicos e insustituibles que determinan en última instancia modelos, categorías y definiciones de calidad de vida.

Lo local representa el lugar donde vivimos, es la casa, es la calle, es la iglesia, es el palacio municipal, es la plaza, el mercado, el jardín. Por eso la ciudad y el poblado son la expresión más íntima y entrañable, la imagen más obvia de nuestra pertenencia cultural. Si esa imagen se fractura, se mancha y se deforma también la vida cultural en su conjunto se ve ultrajada.

El patrimonio es mucho más que el conjunto de edificaciones y de espacios, es la organización social, es el calendario ritual y el ceremonial, son las fiestas, son las expresiones artísticas, son los espacios de convivencia; es todo aquello que, en conjunto, configura lo que realmente puede calificarse como el ámbito vital que implica un medio cultural así como un ambiente sano, saludable que encuentra la armonía entre cultura y medio ambiente. Si entendemos el valor del patrimonio natural y cultural como bien social, también comprendemos su salvaguarda como una responsabilidad ética compartida.

La cultura moldea el pensamiento, la imaginación y determina sensiblemente el comportamiento, así como la capacidad de ser y de reconocer lo diverso; la cultura estimula la creatividad y el sentido de invención, ensanchando las

potencialidades tanto del individuo como del grupo social, reforzando la solidaridad como parte de la búsqueda de equidad en la vida cotidiana. También estimula la voluntad de participación, las ideas renovadoras y los proyectos compartidos. En ese sentido, la noción de sustentabilidad en tanto que referente del medio natural, así como del medio cultural, se presenta como meta irrenunciable del desarrollo. De otra manera no podríamos entender el objetivo de conservar lo heredado y transmitirlo en los que vendrán después, en un esfuerzo por perpetuar al mundo. De otro modo no podríamos asimilar nociones como las de progreso, desarrollo humano, justicia social, distribución equitativa, ventajas comparativas y otros valores que pasan a formar parte de la esfera ética que debe planear por sobre toda idea de convivencia.

Estas ideas dieron pie, durante el desarrollo del Congreso de Morelia, a horas de trabajo. Desde la visión teórica hasta los estudios de caso, el contacto personal, así como el intercambio de ideas, experiencias y conocimientos permitió identificar coincidencias y enriquecer la visión de conjunto en aras de una mayor articulación regional.

En el siglo XXI la diversidad cultural pasará a ser el verdadero motor del desarrollo, pues constituye el capital global que la comunidad internacional tiene el deber de hacer fructificar no sólo por motivos económicos sino por imperativos éticos.

El Congreso, como punto de encuentro y coincidencias, apuntaló proyectos y desencadenó iniciativas que ojalá permitan la conformación de un bloque Iberoamericano que reivindica al patrimonio natural y cultural como elemento fundacional del desarrollo sostenible.

Volviendo al tema de las ciudades, vale la pena enfatizar que la globalización ha venido a golpear de manera a veces grave, las costumbres de la vida colectiva al implantar prácticas predominantemente individuales e individualistas. Las ciudades corren el riesgo de ya no ser conglomerados de vida asociativa para convertirse en una suma de soledades. En esos casos, para los que puede haber muchas explicaciones, lo que ha dejado de tener significado es el entramado cultural que sustenta la vida social.

Está claro que en donde se puede actuar es sobre la realidad inmediata; es ahí donde se pueden dar las transformaciones valiéndose del poder creador de la cultura como elemento activo que automáticamente se refiere al grupo y en el que el individuo por sí solo no tiene sentido. En el territorio de lo local las necesidades específicas y sus satisfactores apropiados deben de manifestarse de modo acorde a las especificidades y las características de la propia localidad. Estas circunstancias reflejan inevitablemente los procesos históricos, regionales y locales que determinan al grupo social.

Una sociedad bien organizada es la principal garante de la preservación, promoción y adecuada interpretación del patrimonio. Las autoridades municipales por su parte, pueden posibilitar la adecuación de iniciativas en un marco que infunda confianza, asegure y salvaguarde los bienes de todos, incluyendo aquellos con valor tradicional y espiritual.

En las ciudades históricas la necesidad de salvaguarda es más patente. No sucede lo mismo con aquellos poblados o conjuntos urbanos que sin tener reconocido valor monumental, no obstante, constituyen verdaderas joyas por su trazado, por su pureza arquitectónica o por el uso de materiales de construcción adecuados al sitio, o también por la atmósfera que se crea con la suma de todos esos elementos.

Los asentamientos humanos con estas características permiten la lectura histórica, sociológica y artística del vasto territorio mexicano y es juntamente sobre la base de ese entramado que hoy notamos la gravedad de la amenaza merced a las malas influencias de corrientes exógenas que se ensañan con el legado cultural heredado de muchas generaciones.

Pueblos históricos cuyo patrimonio es avasallado en el curso de pocos años ante el embate de la publicidad, de la especulación, del consumo y de el desconocimiento de la función de la cultura.

El cuidado de los centros históricos, sobre todo de aquellos con evidente valor monumental, debe, a partir de ahora, servir de faro para entender la necesidad del cuidado de ese otro patrimonio urbano sin el cual las grandes ciudades quedan descontextualizadas e inmersas en medio de la destrucción y la basura. La desaparición de ese maravilloso legado arrastra consigo hacia el desastre al resto de los referentes simbólicos que amalgaman a la comunidad. Se acaba la visión de conjunto, se envilecen los valores estéticos, se difuminan los espacios sagrados, se acaba la convivencia, se diluye la liga sutil que amalgama culturalmente al grupo.

En el afán de explorar mejor ese tejido y las implicaciones locales de la preservación y la conservación del patrimonio como recurso para el desarrollo desde la Coordinación de Patrimonio Cultural y Turismo, hemos diseñado una serie de proyectos tendentes a crear herramientas que permitan profundizar el conocimiento y enriquecer el trabajo teórico. Es así que nace la Cartografía de recursos culturales de México, para escudriñar con lupa las realidades locales.

Por su parte, el Congreso de Morelia, en junio pasado, representa una acción nodal a través de un ejercicio interdisciplinario que contribuye a trazar puentes entre diferentes campos y sectores, a fin de encontrar coincidencias en el rumbo y sentido de un desarrollo cimentado en premisas culturales.

La convocatoria anual al Congreso de Puebla, sobre patrimonio gastronómico y turismo cultural constituye otro ejemplo de que el diálogo sobre temas que conciernen a los recursos culturales encuentra un gran eco no sólo entre los expertos sino en la sociedad en general.

Por ello, estamos también avocados a una tarea editorial que sirva de testimonio y memoria de estos esfuerzos, y ponga al alcance una serie de textos que establecen la plataforma apropiada para seguir avanzando en esta exploración apasionante pero llena de complejidades.

Pretendamos que este tipo de planteamientos puedan permear a través de la estructura gubernamental que necesita mayor sensibilización acerca del valor de la cultura de una ciudadanía que comprenda cada vez más la función de patrimonio cultural desde el punto de vista social.

El verdadero drama reside en que no seamos capaces de hacer comprender que el patrimonio cultural en todos sus ámbitos, es uno, y que se hiere al conjunto cuando se atenta contra una de sus partes. Es en los enclaves más pequeños y más inermes ante la avasallante globalización donde la acción local es más imperiosa y urgente. Si no se toman medidas inmediatas y bien deliberadas, pronto tendremos ciudades históricas, bellas y relucientes como perlas en un mar de escombros y de deshechos dejados por la sociedad que ha perdido la noción histórica y la visión de eternidad.